

# Cuadernos del Sur

---

Año 15 - Nº 28

Mayo de 1999

Tierra  fuego

# Su lógica y la nuestra\*

**Daniel Bensaïd**

*Las reiteradas apariciones de conflictos bélicos localizados que se despliegan sin solución de continuidad por el mundo es una de las características de este nuevo orden (desorden) de fin de siglo, y resultado de una lógica inherente del sistema capitalista y de sus grandes crisis estructurales.*

*La actual guerra de los Balcanes se inscribe en esta tendencia y coloca a quienes se reclaman del socialismo internacionalista en una disyuntiva de opciones. Sin embargo es necesario rechazar estas falsas opciones, esta suerte de chantaje de apoyar la intervención militarista de la OTAN o defender la política gran serbia.*

*Los bombardeos de la OTAN y la limpieza étnica serbia dejaran secuelas gravísimas, incentivando los odios interétnicos y marcando una nueva etapa en las relaciones internacionales. Exigir el alto a los bombardeos, rechazar toda invasión terrestre y denunciar la política granserbia a la par que se apoye una política de paz democrática basada en la autodeterminación de los pueblos es la única política posible. Los artículos que reproducimos a continuación se inscriben en esta lógica de pensamiento.*

¿Cómo no sublevarse por el martirio del pueblo kosovar? Ante esta tragedia, nadie tiene el monopolio del corazón, de los sentimientos y de las emociones. Pero la guerra es una temible máquina de simplificar. Es necesario “elegir su campo”: ¡quien no está conmigo está en contra mía! ¡“Ellos” o “nosotros”! ¿Quién es aquí “nosotros”? ¿“Nosotros” los “occidentales”, los bienpensantes, los demócratas sin reproches? Ese “nosotros” no es el nuestro.

La lógica de guerra oscurece el pensamiento. Existen ya aquellos que la escalan y hasta el fin; aque-

llos ministros-que-cierran-el-pico; aquellos republicanos-de-ambos-lados; aquellos que mezclan el rojo y el pardo e incluso aquellos que sueñan y tienen pesadillas despiertos (Romain Goupil en vuestra página “Debates” del 31 de marzo).

La lógica de la guerra es la del tercero excluido: “¿Milosevic o la OTAN? Quien rechaza plegarse debe esperar sufrir los insultos más groseros e infamantes (“¡muniqués!”).<sup>1</sup> Al derecho de los poderosos y a su moral selectiva nosotros oponemos una lógica política guiada por principios que no son de geometría variable: ¡ni Milosevic ni la OTAN! ¡Detengan los bombardeos y autodeterminación de Kosovo!

\* *Le Monde*, 9 de abril de 1999.

### **¿Ingenuidad? ¿Angelicalidad? ¿Irrealismo?**

La guerra no declarada encarada por la OTAN persigue –al menos– dos objetivos. Uno, proclamado (“el único legítimo”, según Alain Joxe, *Le Monde* del 3 de abril): la protección del pueblo kosovar. El otro, inconfesable: legitimar a la OTAN como policía del nuevo desorden mundial en Europa y el Mediterráneo.

¿Impedir las matanzas y la “purificación” emprendidas por Milosevic en Kosovo? Lejos de lograrlo, los ataques aéreos contribuyeron a amplificar y acelerar el éxodo forzado por los paramilitares y la policía serbias, en la confusión de los bombardeos y en la ausencia de los 1,300 verificadores de la OSCE previamente retirados.

El desastre humano está en la cumbre. Mientras que los ataques aéreos eran pensados para prevenir lo peor, el resultado es abrumador: desplazamientos masivos de los albaneses de Kosovo transformados en pueblo paria, masacrados sin testigos, unión sagrada alrededor de Milosevic en Serbia, desestabilización duradera de toda la región.

Sombrío balance del realismo otaniano. Javier Solana pretende mientras tanto haber sido informado de antemano de un plan de expulsión de los kosovares. ¿Cómo explicar ahora, después de diez días de

bombardeos y de éxodo, las carencias y los retardos de la ayuda humanitaria? ¿Incompetencia o cinismo?

Para desenredar el embrollo, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos permanece como el hilo conductor. Este derecho a determinar, “cuando los deseen y como lo deseen, su *status* político interno y externo sin injerencia exterior” figura en el capítulo VIII del Acta final de la conferencia de Helsinki. Vale para Kosovo así como para los kurdos, los vascos, los escoceses (y ilos palestinos!).

La autodeterminación significa el derecho a elegir: autonomía, asociación, soberanía compartida. Esta elección incluye la independencia, pero no se reduce a ella: en tiempos de la mundialización de mercado, la disolución de Estados plurinacionales y pluriétnicos, la improbable búsqueda de una ecuación simple (un pueblo homogéneo = un territorio = un Estado) llevan en germen la purificación territorial y étnica. Su lógica siniestra carece de límites.

Incluso si la autonomía sustancial de Kosovo apareciera como una solución deseable, la continuidad de la guerra la compromete cada día más y reduce a ojos vista el espacio de una fuerza democrática y pacifista. En el punto de exacerbación alcanzado por el enfrentamiento comunitario, la independencia deviene, por efecto de engranaje, el desemboque de la autodetermi-

nación, a riesgo de una partición de hecho a espaldas de los kosovares: después de la Bosnia “una y divisible” de Dayton, ¿un Kosovo “uno y dividido”?

Todo conflicto armado tiene por función modificar las relaciones de fuerzas en vistas de un compromiso inevitable. Pues los golpes aéreos no delinean por ellos mismos ninguna salida. Será necesario entonces retornar a la negociación. ¿Cuándo, a qué precio, en qué relación de fuerzas? Un aplastamiento militar total de Serbia significaría, es cierto, la desaparición del criminal de guerra Milosevic, pero en condiciones tales que quedaría entonces un pueblo serbio duramente humillado y herido, incubando en el resentimiento un capital victimario inagotable. Para que la sociedad serbia respire de nuevo en su diversidad en lugar de retraerse en bloque, para que la cohabitación pacífica de los pueblos de la región vuelva a ser posible, ¿vale más detener inmediatamente los bombardeos o continuarlos (¿hasta cuándo?) y prolongarlos temprano o tarde con una intervención terrestre?

Es la pregunta del momento. La respuesta es clara: es necesario detener los bombardeos y retomar las conversaciones para la autodeterminación del pueblo de Kosovo. Nuestro llamamiento colectivo (*Le Monde* del 31 de marzo) sugiere “la organización de una conferencia

balcánica en la cual participen los representantes de los Estados y de todas las comunidades nacionales de esos Estados” ¿Ilusorio? Seguramente menos que la idea de un protectorado de duración indeterminada, que introduce a la OTAN como garante del mantenimiento del orden regional. No hay otra salida, en efecto, que tener confianza en los pueblos concernidos para definir un compromiso global viable, asegurar las garantías recíprocas para las minorías, proveer los medios necesarios para el retorno efectivo de las poblaciones desplazadas y para las reparaciones de las destrucciones de guerra.

Esta perspectiva plantea la cuestión de una fuerza de interposición, no para dictar la ley de los más fuertes, sino para garantizar un compromiso consentido. ¿Bajo qué autoridad? Las tropas de la OTAN están descalificadas para una misión semejante: mal puede imaginarse a los beligerantes de hoy metamorfoseados mañana en “soldados de la paz” reconocidos por los dos campos. Toda otra solución que excluya a los países que participaron directamente en la intervención puede ser vislumbrada en el cuadro de las instituciones internacionales: si la crisis balcánica es una crisis europea, concierne a toda Europa, del Atlántico a los Urales, y no sólo a los miembros de la OTAN o de la Unión Europea.

Esta cuestión pone en evidencia el segundo objetivo –inconfesable– de la operación “Fuerza Aliada” Durante la Guerra del Golfo se invocó mucho a la “comunidad internacional” y al “derecho internacional” Hoy la OTAN actúa sin mandato de la ONU. La “comunidad internacional” prácticamente ha desaparecido de su retórica: es difícil apelar a esta legitimidad cuando Rusia, China y la India se oponen a la intervención.

La guerra tiene entonces también por finalidad redefinir la jerarquía y el rol de las instituciones internacionales. A algunas semanas del cincuentenario de la OTAN, Javier Solana está omnipresente, Kofi Annan prácticamente invisible.

La fuerza pura dicta desde ahora su derecho y su orden. El Sr. Solana asesta con una arrogancia azucarada: “Ustedes pueden plantear la cuestión de la presencia de la OTAN de la manera que quieran, pero los países que hayan previsto enviar contingentes no están dispuestos a hacerlo en un cuadro diferente del nuestro.” Este hecho consumado esta cargado de amenazas que desbordan la tragedia de los Balcanes.

Desde la desaparición del Pacto de Varsovia, la misión original de la OTAN está caduca. Debe justificar su mantenimiento de otra manera en una situación mundial convulsionada donde la brutalidad de la crisis económica anuncia convulsiones

mayores. Es la arquitectura de la dominación planetaria en la entrada del nuevo siglo y la legitimación del brazo armado de América los que están a la orden del día. En el Golfo ayer, en los Balcanes hoy, los europeos aparecen como los *supplétifs*<sup>2</sup> militares de Washington. No son, por lo tanto, los vasallos. Europa y América: dos imperios, a la vez aliados y rivales, se disputan el liderazgo mundial.

Para los Estados Unidos, la guerra es la ocasión de utilizar su superioridad militar para reafirmar su hegemonía. Del lado europeo, así como la unidad de Alemania en el último siglo pasó por Sadowa y Sedan, y la de Italia por Solferino, la unidad política de Euroland tiene necesidad por su parte de su guerra fundadora.

Al día siguiente de las elecciones alemanas algunos saludaron el advenimiento de una Europa nueva, social y democrática. No fueron necesarias más que algunas semanas para confirmar las elecciones de una Europa liberal y ver a la “tercera vía” volverse un sendero de guerra. Simbolizada por el encuentro de Washington, en septiembre de 1998, entre Clinton, Blair y Prodi, el “nuevo centro” se ofrece su bautismo de fuego. Consagra la metamorfosis de la social-democracia clásica, adepta de la cañonera colonial, en social-liberalismo, adepto a los golpes neoimperiales de la cirugía aproximati-

va. Y se inscribe en una huida hacia delante de seguridad en detrimento de las formas más elementales de la democracia y del derecho. “¿Por o contra los dictadores, por o contra la barbarie?”, se nos pregunta. ¡Adivine! A pregunta simple, respuesta simple. Se está justamente horrorizado de los crímenes perpetrados por los esbirros de Milosevic, por las villas incendiadas y las masacres de arma blanca. Pero ¿quién puede decir de qué serán capaces mañana los nuevos guerreros electrónicos, habituados a la banalidad de una guerra sin riesgos, a los bombardeos compasivos, a la administración de la ruina y la muerte a distancia? Al crimen de oficina será necesario en adelante agregar el crimen de escenario y de estudio. La barbarie de la purificación étnica no es una barbarie de “otra era” (como se la entiende a menudo), a la cual se opondría el bien absoluto de la “civilización” en singular. Milosevic y la OTAN son dos formas perfectamente contemporáneas y gemelas de la barbarie moderna.

¿Se proclama como “nuestros” los bombardeos sobre Belgrado? Ciudadanos nacidos en un país beligerante, nuestro primer deber es actuar para exigir la acogida incondicional de los refugiados e indocumentados kosovares que lo demanden, un debate parlamentario público con voto nominal tanto en

París como en Estrasburgo, la detención inmediata de los bombardeos y la retirada de Francia de la operación “Fuerza Aliada”, el retorno masivo de los observadores civiles sobre el terreno.

Nosotros no somos “soberanistas limitados” (sostenemos al contrario la autodeterminación del Kosovo), ni “pacifistas muniqueuses” (el derecho no va sin la fuerza que lo sostiene) ni complacientes en torno a los crímenes de guerra de Milosevic, de quien queremos la caída y el enjuiciamiento, ni “anti-americanistas primarios” en nombre de un eurochovinismo de la “Europa potencia” tan odiosa como la arrogancia de la World Company.

Nosotros rechazamos simplemente que la tragedia de Kosovo sea la ocasión de instaurar un nuevo orden imperial, lejos, bien lejos de los sufrimientos de los pueblos de los Balcanes.

París, abril de 1999.

(Traducción del francés: Alberto Bonnet).

### Notas

<sup>1</sup> “Muniqués” y, más adelante “pacifista muniqueús”, remiten a (la impotencia de) el Acuerdo de Munich de 1938 ante el avance del nazismo (N. del T.).

<sup>2</sup> “Supplétifs” designa originariamente a las tropas indígenas alistadas temporalmente en las tropas francesas (N. del T.).